

Castañares, Wenceslao (2018) *Historia del pensamiento semiótico 2. La Edad Media*. Madrid: Trotta. 501 pp. ISBN: 978-84-9879-751-0

Convengamos que en los tiempos que corren la capacidad de los ángeles de hablar entre ellos o la naturaleza de los sacramentos no parecen asuntos de los que ocuparse desde los ámbitos académicos. Los temas de discusión que ocuparon los esfuerzos de los estudiosos medievales nos resultan tan lejanos que ocupar nuestros limitados tiempos de lectura en una revisión de la semiótica medieval suena fútil: pero conviene decir que estamos frente a un campo de extenso desconocimiento y por tanto proclive a los tópicos. Y como nos recordaba Wenceslao Castañares en su Introducción a este segundo volumen de la Historia del pensamiento semiótico, “el que cree en el tópico no experimenta la necesidad de revisar las verdades que el tópico establece” (11)

Liberémonos pues de los tópicos y hagamos honor a esa visión de la ciencia como caminar a hombros de gigantes, que tanto citaba Wenceslao Castañares, para emprender un viaje hacia una época lejana y extensa en la que buena parte de los que ahora damos por hecho se va gestando de manera paulatina y paciente. Es un viaje un tanto alucinante porque los medios de conocimiento son bien diferentes a los que ahora hemos naturalizado: en lugar de crear una obra ex novo, los autores medievales se enfrentan a las obras y autores del pasado por medio de comentarios, de modo que cada autor va limando las asperezas de los trabajos de estudiosos anteriores en lo que en el modo de producción académica contemporánea puede resultar obsesivo y exasperante por lo meticuloso y parsimonioso del trabajo. Sin embargo, es precisamente esa manera de generar conocimiento la que permite que la semiótica sea una disciplina con una genealogía bien definida que permite que análisis de fenómenos rabiamente contemporáneos vengán apoyados en saberes que llegan desde la Grecia clásica o los escolásticos.

Esta extensa incursión en el pensamiento semiótico medieval muestra como en esa época se establecen las bases para el desarrollo de las ciencias del lenguaje y de la teoría del conocimiento en la modernidad que deberían haber sido expuestas en un tercer volumen que nunca llegará debido a la prematura muerte de Wenceslao Castañares. La centralidad de la teología durante toda la Edad Media no impedirá, sino que será un incentivo, para cuestionar la naturaleza del lenguaje, la manera en que se relaciona con la percepción o la continuidad entre esta, la actividad mental y la expresión verbal. También en esta época se van definiendo las tareas a afrontar por cada disciplina y sus ámbitos de actuación, abriéndose discusiones que brotarán de nuevo siglos después, como la defensa de la lógica como una ciencia del discurso que emerge en el siglo XII y que trae a la memoria las posiciones de Wittgenstein. En este viaje empezamos por recorrer tierras absolutamente extrañas para ir poco a poco recorriendo un paisaje intelectual poblado de rasgos que nos son familiares: la defensa que autores como Pedro Abelardo hacen del significado como resultado de

un hábito o como producto del acuerdo colectivo que hacen los modistas no puede dejar de recordar los trabajos de Peirce. Lo que hace fascinante el viaje es que estas elaboraciones de las ideas están todavía en modo latente, insinuadas más que elaboradas, intuitas, o definidas sin formar parte de una teoría intelectual estructurada.

Quizás es precisamente esta falta de estructura de la disciplina lo que la hace tan fértil, tan capaz de dar respuestas a cuestiones de muy diferente naturaleza. En buena medida, lo que nos propuso Wenceslao Castañares es entender la semiótica como una aventura intelectual heroica, debido a la naturaleza descomunal de los problemas que pretende resolver: el entendimiento humano, el conocimiento de la naturaleza, la capacidad de vivir juntos y compartir visiones del mundo. Cuando Walter Burley afirma en el siglo XIV que los problemas ontológicos son problema semánticos (405), está sugiriendo que el conocimiento del lenguaje es la manera de domesticar el mundo y despojarlo de su intrínseco desorden (o la entropía que proponía como opuesta a la información la teoría matemática). El conocimiento es poder nombrar, dirán los escolásticos. Y nombrar el mundo, ahora lo sabemos, es dominarlo y dominar a los hombres que lo habitan, un saber que ya habían establecido los retóricos griegos.

Este viaje tiene la fascinación de arrancar en tierra incógnita e irnos acercando a casa. Los esfuerzos de Guillermo de Ockham para establecer los hábitos como signos rememorativos (366) o el rol de la connotación, la cuestión de por qué ciertas expresiones no correctas son entendidas de forma adecuada (según la intención del autor) que ocupó a Robert Kilwardby (155) o la aseveración de que los signos tienen efectos y memoria (240) que Tomás de Aquino establece para los sacramentos muestran una disciplina que se construye de forma pausada y paulatina.

Por último, además de memoria esta Historia de la Semiótica ofrece también inspiración hacia el futuro. Primero, el viaje construye un mapa de Europa conectada en aras de hacer avanzar el conocimiento: de Friburgo a París, de Bolonia a Dinamarca, de Escocia a la Gerona judía, la Europa que desarrolla la semiótica medieval debería servir de inspiración para la Europa actual: libre, diversa, diferente, en permanente y apasionada discusión, pero unida en unos ideales y una ambición de hacernos más sabios y por tanto más libres. Y el recorrido por las obras de autores tan diversos, obra de un esfuerzo intelectual imposible para la gran mayoría de nosotros, nos recuerda que hay temas semióticos que distan de estar cerrados en su formulación y que merecen aún más estudio y reflexión debido a su potencial disruptivo: la capacidad de los signos para recrear la memoria, la habilidad de las palabras para dar formas diferentes al mundo, la capacidad del lenguaje para excitar la imaginación e inventar el futuro.

Héctor Fouce
U. Complutense